

ALIANZAS Y ESPACIOS EFÍMEROS

Oscar Oszlak

La política argentina es pródiga en crear términos para describir su agitada y conflictiva trayectoria. “Espacio” es quizás la adición más reciente al lenguaje político actual. En la Argentina de hoy, nuestros políticos crean “espacios”, o sea, sustitutos de instituciones que en otras latitudes se conocen como partidos políticos. Por cierto, la idea de espacio es muy atractiva: sugiere horizontalidad, amplitud, ausencia de límites, posibilidad de crecimiento. El espacio aparece como un lugar de encuentro, una oportunidad de construcción. Es el terreno al que puede invitarse a otras fuerzas a sumar voluntades, para crecer juntos en torno a valores compartidos. El espacio parece fundarse en la **adición** y no en la **división**, que la propia palabra “partido” connota.

Pero el espacio es más una manifestación de la personalización de la política que de una construcción institucional. En las elecciones de ayer, como nunca antes en la historia política del país, no confrontaron partidos sino coaliciones de espacios. En las de 1983, con una excepción, compitieron exclusivamente partidos. Ya en 1989 se presentaron frentes, alianzas y concertaciones, junto a algunos partidos políticos, situación que se repitió en 1995. En 1999, las alianzas obtuvieron el 98% de los votos relegando a los partidos “suelos” al 2% restante. En 2003, varias alianzas volvieron a repartirse más del 90% de los sufragios, lo que volvió a ocurrir, con otra distribución, en 2007. Ayer, con las restricciones impuestas por el sistema de elecciones primarias, cuatro frentes, una coalición, una unión y una alianza disputaron los cargos electivos. Ningún partido.

No es el caso de Colombia, México, Costa Rica o Uruguay, donde son partidos políticos los que protagonizan la contienda electoral. Ni los casos de Chile o Brasil, donde si bien prevalecen las concertaciones y coaliciones, sus integrantes son partidos, más que espacios.

En los dos grandes partidos que animaron las últimas seis décadas de la vida política del país, siempre convivieron orientaciones o tendencias internas. No es una singularidad argentina pero tal vez sí lo es el hecho de que, colocados en la balanza político-ideológica convencional, el fiel de esos dos partidos haya recorrido siempre un amplio espectro ideológico, de derecha a izquierda, del conservadorismo al “progresismo”. Esta característica tiende a producir quiebres, desprendimientos, monobloques y múltiples formas de travestismo político (radicales K, PRO-peronistas), generando “espacios” que se proponen como simiente de nuevos frentes y alianzas.

Este fenómeno no es sino una manifestación del faccionalismo que siempre dominó la política argentina, donde los partidos tienden a perder identidad y representatividad. Si es así, ¿pueden entonces los “espacios” generar coaliciones políticas estables? ¿O sólo pueden lograrlo los partidos? Salvo el Frente para la Victoria, triunfante desde 2003, ninguna de las alianzas que compitieron en 2007 logró mantenerse y concurrir a la elección de ayer. Y casi todas las que compitieron en 2007 fueron diferentes a las de 2003.

La oposición continuará fracasando mientras siga sosteniendo su pretensión a la alternancia en el poder, en la multiplicación de espacios y la oportunista formación de efímeras alianzas. Los frentes y coaliciones pueden afianzarse y perdurar, sólo si son auténticamente representativos de un cierto espectro común de valores e intereses, se organizan en base a partidos y no a facciones, y consiguen sepultar la mezquindad del individualismo político.